hacerme creer cosas de cuya falsedad he podido convencerme después; pero si yo he tenido esta ocasión de comprobar lo falso de la imputación, otros no la tienen y la calumnia sigue su camino, y milagro es si no llega á introducir en el hogar, hasta entonces tranquilo y apacible, la discordia y la tristeza; que no hay nada más triste, nada más sombrío que el hogar donde ha entrado la discordia, donde la mujer desconfía del marido y donde el esposo duda de la mujer; donde la mujer abruma al marido con celos engendrados traidoramente por la calumnia y donde el marido no encuentra la paz, la alegría, la confianza que hacen amable y dichoso el hogar y más hermoso, por pobre que sea, que el más magnífico palacio. Tales progresos hace, amigo mío, la calumnia en la ciudad de mis amores, donde hubiera querido estar hasta el fin de mis días, que si dos veces vas á visitar á una familia, no te librarás de que se suponga y se propale que llevas intención pecaminosa, ó vas porque haces la corte á la señora de la casa ó porque su marido y tú tramáis alguna picardía en el Municipio ó en la Diputación, ó tratáis de sacrificar á algún pueblo de la provincia, ó acaso estáis preparando una asonada, en combinación con gentes extrañas, que vendrán no se sabe de dónde; si entras en las oficinas del Gobierno, será notado en seguida y comentado el hecho, pero siempre en tu desdoro, porque de

fijo te supondrán preparando algún chanchullo con los empleados, que todos son, por de contado, venales y prevaricadores, y están haciendo unos negocios tremendos y *poniéndose las botas* todos los días. Allí, de quien tiene talento se dice que es muy largo, con lo cual se quiere dar á entender que el talento lo emplea en imaginar y hacer picardías. No se le niega el talento, porque no se puede absolutamente, pero ya que no se le niegue, se le atribuyen tales cualidades y tales intenciones, que se logra hacer sospechosa la envidiable cualidad de notable entendimiento que todos le reconocen, aunque de mala gana.

—¡Qué ganga! Pero, ¿y la tristísima historia de que me hablabas ahora poco?... ¿qué horrible suceso ha sido el que te ha decidido á levantar tu casa y venir á Madrid con tu familia? Has dicho que lo ibas á referir, y en verdad te digo que tengo gran curiosidad por saberlo...

—No, amigo mío, no quiero afligirte contándote los detalles todos del trágico suceso que deseo olvidar. Sólo te diré que una niña inocente, hermosa, llena de salud y de vida, encanto de sus amantísimos padres, fué calumniada torpemente, y de tal suerte se extendió la calumnia, que la misma víctima llegó á conocer su inmensa é inmerecida desventura. La acusación era absurda, increíble; no se fundaba en nada, en ningún indicio, en ninguna circunstancia,

en ninguna apariencia, y, sin embargo, ha podido sostenerse tan infame invención, y la pobre criatura, sin comprender siquiera lo que se le atribuía, tuvo ocasión de notar las sonrisas burlonas de unos, las reticencias de otros, y al fin, alguien, alguna amiga imprudente, alguna criada indiscreta, le dijo la vil é increíble calumnia de que era víctima.

—¡Pobre uiña!

—Esta inesperada revelación la hirió de muerte. Seis meses ha vivido triste, postrada, consumiéndose lentamente, devorando en silencio la más amarga, la más terrible de las penas. Pobre mártir, ha muerto bendiciendo á la muerte, porque la muerte era para ella un gran consuelo, como que era el término de una inmensa pesadumbre que la ahogaba, que la atormentaba, y ya no podía resistir más este inexplicable martirio. Todos los recursos de la facultad fueron inútiles; rodeada de los mejores médicos, ha muerto la pobre niña de una enfermedad que la ciencia no puede curar.

— Infeliz criatura.

—Su alma inocente subió al cielo, donde la habrán recibido los ángeles con himnos de júbilo. Pero ¿crees tú que, viendo muerta á la inocente, la calumnia se habrá horrorizado de su obra, ó se habrá considerado satisfecha con lograr tan vergonzosa victoria?... No; acaso ha-

brá atribuído su muerte á la misma falta que falsamente le imputó.

—¡Eso es horrible!

—Horrible, sí; pero la calumnia no usa más piadosos procederes. Y no ha sido la muerte de la niña angelical la única triste consecuencia de la calumnia. Su padre, un hombre de ejemplar conducta, modelo de padres, de esposos y de ciudadanos, ha llegado á saber la causa verdadera de la muerte de su hija, y no ha podido sobrevivir; como su hija, ha muerto, ¿qué había de hacer ya en el mundo?... Desde el cielo, desde el reino de la verdad, donde ya se han reunido las dos almas buenas, ¡qué pequeño, qué ruín y miserable verán este mundo pervertido y lleno de vicios y miserias, donde toda calumnia encuentra eco, y donde la virtud sucumbe sin defensa ante la más infame impostura del más despreciable difamador! Dime ahora, amigo mío, si es apocamiento, preocupación, exagerado temor esta impresión mía de espanto que me ha decidido á huir de la calumnia...

—No; comprendo ese sentimiento; tienes mujer, tienes hijas, y haces bien en huir del peligro; haces bien en ponerte á cubierto de la calumnia. Pero ¿dónde se está libre de ese peligro?

—Dios nos proteja y aleje de nosotros ese peligro, que es el que más ha de temer el hombre honrado, el que tiene arraigados en el alma los sentimientos del honor y del deber.

—Sin embargo, la inocencia siempre triunfa.

—Es verdad, la inocencia de esa niña está ya por todos reconocida; pero la hija y el padre han sucumbido á la calumnia.

—Es verdad, tristísima verdad.

. . . . . .

Hasta aquí la conversación que tuvimos mi amigo y yo.

Ahora, ¿deberé hacer reflexiones acerca de la calumnia y de las terribles consecuencias que produce sobre todo en las capitales y pueblos de provincia, donde todo el mundo se conoce, y donde hay, en general, tan fatal propensión á aceptar imposturas y supercherías con cierta fruición, ó con una indiferencia que sirve perfectamente para que la calumnia corra y corra sin que nadie le oponga correctivo enérgica y noblemente?...

No lo creo necesario. Dada la ilustración del lector, que hará todas las oportunas consideraciones y las tristes reflexiones á que se presta la narración de mi amigo, sólo me resta concluir con esta conocida y usada frase.

«Hechos de tal naturaleza no necesitan comentarios.»

EL AMIGO DEL TRANVÍA

PERO, ¿en qué te ocupas? ¿En qué pasas el tiempo?... Aunque tengas lo suficiente para vivir, desde que murió tu tío, á consecuencia de haber sido atropellado por el tranvía, y tomaste posesión de su fortuna, no creí que perdieras los hábitos de trabajo... La ociosidad es perjudicialísima, moral y físicamente.

—Pues, amigo, he perdido, en efecto, la costumbre de trabajar; pero estoy, sin embargo, ocupado todo el día y gran parte de la noche, y disfruto excelente salud.

—¿Ocupado? ¿En dónde? En tu casa nunca te encuentro.

—Eso sí que sería poco higiénico, estar en casa.

—Pues ¿dónde diablos estás?

—En el tranvía.

—¡Ah! ¿Te han empleado en las oficinas en

compensación de la desgracia que sufriste? Bien hecho.

—No, hombre, no es eso. Y la empresa á mí ninguna compensación me debe; en todo caso yo soy el que tiene algo que agradecer al tranvía, pues sin aquel accidente Dios sabe cuánto tiempo hubiese tardado en posesionarme de la fortuna de mi tío, como su único heredero, ó si éste habría dispuesto de ella, dejándome por puertas. Te confieso que antes de ese fatal suceso, utilizaba pocas veces el tranvía, pero desde entonces le he tomado una afición extraordinaria... y te digo que paso ratos deliciosos en los democráticos carruajes, tan cómodos, al alcance de todas las fortunas, y que prestan utilísimo servicio á las diversas clases sociales...

—La clase de sobrinos inclusive.

—Es verdad. No puedes figurarte que agradablemente corre para mí el tiempo en el tranvía, entretenido de la manera más honesta y económica. Por la mañana, de ocho á ocho y media, me tienes instalado en el del barrio de Salamanca, regreso de la Puerta del Sol. Es el coche de la compra. Las *po-bres-chicas* que sirven en aquel barrio vuelven de comprar en la plaza del Carmen. Dejan las cestas en la plataforma delantera, ó debajo de los asientos, y establecen su tertulia. Una examina el interior del portamonedas que lleva en la mano, y hace su balance; el *superábit* calculado le debe resultar exacto,

y los fondos sobrantes los divide en dos porciones, de las que deja una en el portamonedas y guarda la otra en el bolsillo del vestido. Otra cuenta á una de sus compañeras, en secreto á voces, el gran disgusto que hubo anoche en casa, y cómo la señora se quería ir con sus padres, por haber sabido que su marido solía irse á un entresuelito de la calle de Goya cuando decía que iba á escape á la oficina. Otra describe el estado de irritación en que se halla su señor porque todavía no le han colocado, aunque hace un año que mandan los suyos, y pinta con vivos colores el mal humor de la señora, que este año no ha podido ir á los baños, y las angustias de las señoritas, que ya estaban consentidas en que irían á un gobierno de provincia con papá, á quien no acaba de *combinar* el Gobierno, por más que los ministros, sus amigos, le dicen cuando le ven que en la primera *combinación* le sacarán de penas.

Estas y otras conversaciones de las *po-bres-chicas* me ponen al corriente de la situación de no pocas familias del barrio en el actual momento histórico, y como es tan agradable enterarse de lo que á uno no le importa, me place sobremanera oir gran copia de detalles domésticos, relativos á personas que están muy ajenas de que yo sepa lo que comen, lo que beben, lo que pagan, lo que deben, lo que riñen, lo que esperan y lo que desesperan.

Al llegar á la estación han desaparecido ya todas las cestas de la compra y las que las llevan. Monto en el coche primero que sale del cocherón, y durante largo trecho voy solo. Se detiene el carro, y sube una señora de aire elegante, con el velo echado, el devocionario en la mano, vestida con esa distinguida sencillez matinal encantadora que sienta mejor á las madrileñas que el pomposo y rico atavío que usan en los paseos y en los salones.

Yo la contemplo con arrobamiento, y á través del tupido velo descubro que es hermosa, y todavía me la figuro más hermosa que es. Párase otra vez el carruaje, y entra apoyándose en un bastón gordo un viejo alto, apergaminado, con aire militar, bigote blanco, perilla blanca, un general ó brigadier, lanzado á la escala de reserva, ó por lo menos coronel *en retraite*... ó *en retreta*, como ha escrito cierto *traductaire* alevoso en una novela, que no cito. Desde que éste ha entrado, la misteriosa dama se ha corrido al rincón del coche, y vuelta la cabeza, mira á lo largo del camino que vamos recorriendo. Sin duda conoce al coronel, y no quiere que el coronel la conozca. El coronel está distraído, porque poco después que él ha entrado en el coche una lindísima muchacha, limpia y fresca, con unos ojos negros capaces de resucitar á un muerto, con un busto escultural y un pie, el otro no se le ve, que tiene el tamaño de un meren-

gue, y el viejo no separa la vista de aquel conjunto de perfecciones. Yo me divierto adivinando lo que piensa el veterano. Piensa que se la comería, que la devoraría si pudiera, y que no puede. Esta idea le estremece, y veo que se le erizan los pelos del bigote, y se le alarga la punta de la perilla. Y la muy ladina, sentada enfrente, diviértese también en acariciarle con la picaresca mirada, y tengo para mí que adivina lo que piensa el retirado, retirado de todo, el pobre.

Entra una señora muy enfadada, con su marido detrás. Durante un breve espacio no hablan nada; de pronto, la mujer dice al marido, sin poderse contener:

—Hoy, en cuanto vuelva, la planto en la calle...

—Pero, mujer—exclama él.

—¡Volver de la compra á esta hora, y decirme que no se me puede sufrir!... Tú, tú debías haberla puesto en la calle.

—Pero, mujer... ¿quién hace caso?...

—Sí, serás tú como aquel que le decía bajito: «*Te espero en Eslava tomando café.*»

El marido, amoscado, se levanta, sale á la plataforma posterior, y la mujer le sigue con los ojos, y no le tira el abanico á la cabeza porque no le lleva. Entran luego otras cuatro ó cinco señoras de diferente procedencia, es decir, que no vienen juntas ni se conocen, ni siquiera para

servirse, las cuales, luego que se sientan, se miran unas á otras examinándose con toda prolijidad; en pos de ellas entran un ciudadano que lee *El Liberal*, y una señora gorda que se tambalea y extiende las manos, y se agarra al muslo del coronel retirado, diciendo:

—¡Jesús! ¡qué horror! por poco me estrello.

—Estréchense ustedes un poco, que ahí cabe uno—dice el cobrador;—y realmente, puede que *uno* quepa, pero no cabe una mole como la de aquella mujer, que en vano se esfuerza en colocar las posaderas entre el veterano y el que lee *El Liberal*. Este, contrariado, se levanta del asiento, y la enorme señora se acomoda, y mira á todos sonriendo estúpidamente.

Llegamos á la altura de la calle de Sevilla, y va saliendo la gente. El marido y la mujer que reñían vánse por la de Peligros, el coronel baja frente al Casino, y detrás sale la buena moza. Allí veo al coronel contemplándola, mientras ella, con paso menudito, alta y suelta la cabeza, y moviendo el cuerpo con singular gallardía, cruza á la calle de Sevilla, diciéndole, al pasar, cada uno su cosa los mirones estacionados delante de la puerta del Suizo. El coronel, después de unos momentos de pecaminosas reflexiones, ó quién sabe si filosóficas, se mete en el Casino, apoyándose en el roten.

Quedamos solos en el coche la dama del velo, la señora gorda, que en su rostro de luna llena

manifiesta la satisfacción con que se encuentra á sus anchas, y yo. En la Puerta del Sol baja la dama, que cada vez me la finge la fantasía más hermosa, y yo detrás. La gorda allí se queda, porque, sin duda, va á Pozas.

Ahora voy á tomar el tranvía del Norte; subiré por la calle de Hortaleza, daré la vuelta por Chamberí, y bajaré por la de Fuencarral. También la señora del velo espeso entra en el mismo coche, y al entrar veo que con una inclinación de cabeza saluda á un bizarro y arrogante oficial de no sé qué cuerpo. Él la saluda con los ojos y sonríe enseñando, unos dientes muy blancos, y yo paso á colocarme en la delantera del coche, en compañía del conductor. El día está bueno, y es muy entretenido ir en la plataforma viendo la gente que baja por las aceras. Emprende antes su marcha el coche de la calle de Fuencarral tirado por cuatro bestias infelices, y pasa por delante del nuestro. ¡Qué casualidad! En la plataforma delantera va el bizarro militar que sonrió á la dama misteriosa, lo que no tiene nada de particular, pero á mí me choca, porque á mí todo me choca. Detrás del coche en que va Martè, emprende la ascensión de la calle de la Montera nuestro vehículo, y al llegar á lo alto de la misma, aquél se mete por la calle de Fuencarral y el nuestro por la de Hortaleza. Los coches que se atraviesan sobre los rails, el carro de mudanzas, que no se pue-

de mover, el furgón de la *Funeraria*, que pasea las calles para recordarnos lo deleznable y perecedero de esta vida, las carretas de bueyes, los carros de cascotes, y otros cien obstáculos, hacen interminable para el tranvía la calle de Hortaleza, en cuyo trayecto se emplea media horita, sin contar algún descarrilamiento del vehículo ú otro percance como el de pasarse en el cruce y tener que retroceder para dejar libre el paso al coche descendente. Así es que cuando nuestro coche llega á la plaza de la iglesia de Chamberí, ya está allí el otro coche que partió de la Puerta del Sol al mismo tiempo que el nuestro. ¡Qué casualidad! Allí está también el militar, y allí desciende la majestuosa dama. Un momento después los veo juntos delante de la *monumental* iglesia de Chamberí, y me vuelvo al *tranvía* que nos traerá por la calle de Fuencarral al punto de partida. Por sesenta céntimos he dado un gran paseo y me he enterado de lo que no me importaba mayormente.

Tomo el tranvía que va al Noviciado y al hospital de la Princesa. Público variado. Empleados que van á la delegación de Hacienda en la calle Ancha; muchos que van á las mismas oficinas sin ser empleados, dos chulas que van á la cárcel de mujeres, donde, según la conversación que llevan, están desde la noche anterior unas vecinas suyas, á las que les *acumulan*, sin motivo, participación en un *timo* á dos coseche-

ros manchegos; una modista con un lío á la vista, dos pretendientes y un clérigo, buen mozo *él*, condecorado *él*, que también debe pretender, que se quedan en Gracia y Justicia. Bajo en la calle del Noviciado, y andando voy hasta salir á la plaza de Afligidos, donde tomo el tranvía del barrio de Pozas. Público de buen pelo, de medio pelo y de poco pelo. Entre el primero encuentro á doña Benita, corredora de alhajas, extremada en todo género de compras, ventas y cambalaches, que tiene al marido, ó lo que sea, en el *Abanico*, y viene de verle y de recibir instrucciones, sin duda relativas al comercio en que se ocupan. Es guapetona y rica. Enfrente de ella viene un procurador que se ha procurado ya una fortunita, y que me parece que es amigo de doña Benita. Dos mujeres de luto, una vieja y otra joven, constituyen una nota triste en mis observaciones. Las pobres no pueden contener las lágrimas. El hijo de la vieja, y hermano de la joven, ha muerto tísico en el hospital militar la noche anterior. Ellas han venido del pueblo y han llegado tarde. Las acompaña un cura que trae un sombrero de copa enorme, que debe ser de los primeros hechos en Europa, y aunque el cura tiene cara de bondad y aspecto venerable, aquel sombrero provoca la risa de cuantos lo ven, y un chico que lleva en brazos una mujer del pueblo, sentada enfrente del cura, mira con sus grandes ojuelos el sombrero, y se

aprieta contra el pecho de la madre, convulso, aterrado.

Otra vez me encuentro en la Puerta del Sol, desde donde puedo emprender con la mayor comodidad el viaje al Pacífico, si no prefiero ir á estudiar los tipos populares en la plaza de la Cebada ó en las ventas del Espíritu Santo, ó hacer una visita á los locos de Carabanchel y Leganés.

Y por la tarde y por la noche, como por la mañana, me encontrarás en el tranvía, donde siempre hallo nuevos tipos, caras bonitas y muchas feítas, damas de todo linaje, todas interesantes y dignas de ser vistas... donde encuentro todos los días personajes ilustres, *puntos* de todos los partidos y de todas las partidas, altos empleados en todos los ramos, cesantes dados á todos los demonios, literatos y artistas, cómicos, músicos y danzantes de todas las categorías. En el tranvía oigo vocecitas dulces, suaves y virginales, oigo acentos graciosísimos que me recuerdan mi hermosa Andalucía, otros no tan graciosos, pero enérgicos y característicos como los de mi amada Cataluña; oigo hablar en todos los idiomas y dialectos; oigo voces de catarro crónico y vozarrones tremendos; veo fenómenos curiosísimos; me deleito oyendo originalísimos chistes, gracias, donaires y agudezas; me entero de las noticias políticas, financieras, literarias y de sociedad; de recetas infalibles pa-

ra todas las enfermedades públicas y privadas; de las aspiraciones y de la *chifladura* de mucha gente; me instruyo oyendo críticas artísticas y literarias y soluciones para todos los problemas sociales, filosóficos y económicos... y en fin, te invito á hacer estas excursiones que yo hago, seguro de que han de parecerte, como á mí, por todo extremo curiosas y entretenidas. Si quieres conocer Madrid y la gente de Madrid, frecuenta el tranvía.

—Gracias por el consejo. Para seguirle necesito que me proporciones antes una fortunita como la que involuntariamente te dejó tu pobre tío, atropellado por el tranvía.

LAS DOS AMIGAS

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID
Comunidad de Madrid

I

¡JUANA!... ¡Tú eres Juana, mi amiga querida!...

—¡Julia!... ¡Qué hermosa!

—¡Cuánto tiempo sin vernos, y cuánto deseaba yo verte!

—También yo siento viva satisfacción estrechando tu mano y viéndote dichosa.

—¿Dichosa?... ¿Qué es de tu vida? ¿Y tu marido?

—Bueno...

—necesito hacer, también costoso como [illegible]
ros. com- olo los vestidos y me hago los sombr
e ya supones que con prando la forma, porqu
nagando 5.000 de casa, no puedo ni com- rent
prar muchos trajes, ni comprar una mantilla [illegible]
marido... tiene que vestir decentemen
te, y como no paran ...las criadas ne
cesitamos lavandera y planchado- ra. Por
mi parte, no necesito muchos vestidos...
ciertamente, porque siempre salgo de trapillo a

sitas, y tanta abundancia de todo, y costurera y modista y peinadora, y pasaba para mí el tiempo tan deliciosamente.

—Pero, á pesar de todos tus trabajos, vivirás tranquila...

—¿Tanquila? ¡Oh! eso sí, demasiado. Nadie nos perturba á mi marido y á mí en nuestra abrumadora tranquilidad... ¡Cómo ha de ser! Por fortuna mía, no he olvidado los buenos consejos de mi madre, que era tan buena, tan religiosa, y tengo resignación, aunque acaso no toda la que necesito, para no desesperarme.

—¿Desesperarte, Juana mía?...

—Sí, sí; pero bastante hemos hablado de mí. Hablemos de tí; yo no soy envidiosa y sinceramente me alegro de que tú seas feliz.

—¿Feliz yo?...

—Me parece... Te veo buena, alegre, ricamente vestida, en coche propio. ¿No son éstas señales claras de felicidad?...

—Ciertamente, si por las apariencias juzgas, comprendo que me consideres muy dichosa; pero desde luego te digo que te equivocas, porque lo soy menos que tú.

—¡Ah! tu marido acaso... ¿te es infiel?... Yo te hablo con la misma franqueza que cuando estábamos en el colegio, que no había secretos entre nosotras. Perdóname.

—No sé si me es infiel mi marido.

—¿No lo sabes?

—No. El vive con la más entera libertad, toda la que necesita para sus negocios; tiene muchos amigos, va á todas partes, hace muchas visitas, frecuenta todos los círculos, asiste sin cesar á saraos y fiestas de todo género...

—Pero contigo...

—Conmigo algunas veces, porque sería imposible que yo le acompañase siempre. Caería muerta de fatiga. Son muy pocos los días que come en casa, y á veces en cuatro ó cinco apenas podemos cambiar unas cuantas palabras.

—¡Jesús!

—¿Te parece agradable esta manera de vivir? A casa viene muchísima gente; hoy mismo, esta noche vendrá una gran parte de ese mundo que se llama mundo elegante, amigos, conocidos y desconocidos, personas que, en general, no nos profesan ningún afecto, y que si no tuviéramos esta apariencia de riqueza se librarían muy bien de frecuentar nuestra casa.

—¿Apariencia de riqueza dices?

—Sí, Juana mía, apariencia y nada más. Yo no sé lo que tenemos, porque mi marido no habla conmigo de eso. La modista me hace los trajes, y la cuenta la paga cuando puede mi marido. Unas veces tiene dinero, otras no tiene nada, pero lo busca y lo encuentra, sin duda á muy alto precio. Antes de morir su padre, mi marido había contraído muchos compromisos de dinero para cumplirlos cuando recogiera la herencia.

—¡Qué horror!...

—Sí, Juana, sí; á tal exceso le obligaba la necesidad que se había impuesto de sostener este lujo miserable con que vivimos.

—¿Y murió su padre?

—Sí, y la herencia no bastó para satisfacer esos compromisos.

—¿Y luego?

—Luego, no sé; hoy un negocio de Bolsa, mañana un préstamo, otro día otro para pagar el primero, hipotecas sobre hipotecas, intereses enormes, escrituras, pagarés, aplazamientos, amenazas de embargos, empeño de alhajas, humillaciones... Si mi marido muriese hoy, Dios no lo permita, estoy segura, segurísima de quedar en la miseria.

—Pero acaso exageras la situación.

—¡Oh! no lo creas.

—¿No dices que no sabes cuál es la económica de tu marido, que no hablas con él de eso?

—Por eso mismo tengo la evidencia de que su situación es la más enmarañada, la más desastrosa. Yo veo poco á mi marido, pero siempre le veo preocupado, inquieto; callo, observo y encuentro en mi propia casa, en las miradas y sonrisas de los criados, en la actitud de ciertas gentes que van á buscar á mi marido, indicios de que nuestra situación no es una situación clara, despejada como la tuya... Tú y tu marido podéis decir sin el más leve sonrojo en

alta voz, en la plaza pública: —«¡Somos pobres!... ¿Y qué? ¿Quién tiene algo que decir en desdoro nuestro?» —Pero yo, Juana mía, no puedo decir si soy pobre, si soy rica, si me espera la miseria, si mi marido es un hombre de bien ó si es ya un criminal, ó si lo será un día.

Y Julia, hablando así, no pudo contener el llanto.

Juana tuvo que consolarla con las más afectuosas y dulces palabras, que fueron bálsamo de bendición para el corazón angustiado de la gran señora.

—¿Y tu dote?—le preguntó después que Julia se tranquilizó.

—¡Mi dote! ¿Dónde estará ya?... Mi marido podría contestarte; yo no sé nada, no sé detalles de cómo lo he perdido, pero tengo la evidencia de haberlo perdido todo.

—Pero tu marido tendrá una profesión, un modo de vivir...

—Sí, es hombre de negocios, bolsista, político; á veces tiene empleo; otras se lo quitan; ha sido diputado, y gastó en la elección 20.000 duros... Es lo único que me ha dicho. Sin duda fueron parte de mi dote. Hace muchos proyectos de obras, de reformas, de grandes empresas; un día conozco que ha hecho algún buen negocio, porque entonces compra coches, caballos, da una fiesta, gasta lo que ganó, y luego otro día todo lo vende, lo malbarata, lo tira... y en

fin, hija, no me preguntes más, no, que me angustio y me desespero... Esta noche, ya te lo he dicho, tenemos gran *soirée;* allí tengo que aparecer dichosa, sonriente, amable, alegre, haciendo los honores á nuestros invitados, cuidando de que pasen agradablemente el rato, de que coman y beban todos, para que salgan satisfechos de nuestra galantería. No puedo ahora entristecerme, no puedo llorar, no puedo pensar en mi desdicha, porque ellos verían acaso las sombras en mi frente, la señal de las lágrimas en mis ojos, y en mi semblante el hastío y la profunda pena que me devora, y entonces sospecharían la verdad... Así, Juana mía, no creas que son más felices que tú los que viven en la altura en que yo vivo... Yo puedo caer muy bajo; tú tienes la fe y la esperanza que yo he perdido, tú vives pobre y tranquila; yo... sólo yo sé cómo vivo. Ahora te dejaré en tu casa, y tú me vas á prometer ir á verme; quiero que nos veamos como antes; que seas mi confidente, mi amiga del corazón. Será un gran consuelo para mí y un buen ejemplo para tí, que aún no estás resignada á la existencia pobre, pero tranquila y honrada, de tu hogar, por nadie profanado y por todos respetado.

Llegaron á la calle del Espíritu Santo donde vive Juana. Al parar delante del portal el carruaje magnífico, entraba Pepe de vuelta de la oficina.

Su mujer le llamó y le sonrió con una expresión de afecto á que ciertamente no estaba muy acostumbrado.

Juana presentó su marido á Julia.

Pepe, sombrero en mano, estaba aturdido viéndose ante la gran señora, que le tendió la suya amistosamente y se despidió de Juana con muchos extremos de cariño.

—Ya te contaré, Pepe mío, ya te contaré,— dijo á su marido Juana mientras subían la escalera.

El cochero y el lacayo, en el pescante, fueron comentando grosera y calumniosamente el lance.

RECUERDO DE CARNAVAL

I

VENDRÁ usted esta noche al baile del Real, querido Marqués?

—No, amigo Barón; hace veintisiete años que no voy á bailes de máscaras. En la memoria y en el corazón conservo el recuerdo del último baile de disfraces á que asistí el año 1860, el domingo de Carnaval, y este aniversario le consagro siempre á pensar en un sér querido, que ya no existe y que aquella noche me salvó de un gran peligro.

—¿De un peligro?... ¿Fué usted acaso objeto de un alevoso ataque?... ¿Atentó alguien contra la vida de usted?...

—No, el peligro era mucho más grave para mí.

—¿Más grave?

—Sí, señor; intentaba cometer una infamia.

—Excita usted mi curiosidad.

—Pues la satisfaré gustoso, refiriendo á usted

aquel episodio de mi vida, que á nadie he revelado en veintisiete años.

—Agradezco mucho la confianza.

—Tenía veintitres años, sobrábame el dinero, poseía caballos y coches, y para que fuese completa mi ventura, no me faltaba otra cosa que algunas aventuras galantes. Vivía con mi madre y con mis hermanas Adela y Rosalía.

—Mucho recuerdo á la Marquesa. Era una de las mujeres más hermosas.

—De cuerpo y alma. Cuando salían juntas las tres, las gentes creían que eran hermanas; tan joven parecía mi amadísima incomparable madre, aunque ya tenía cuarenta y cuatro años. Habíamos quedado sin padre, muerto cinco años antes, y nuestra madre, prudente y discreta como pocas, había continuado la obra de nuestra educación, inspirándonos un profundo sentimiento de respeto á su virtud, á sus altas cualidades, á su firmeza y rigidez de principios religiosos. Mis hermanas eran dos ángeles, y yo, realmente, era lo que se llama un buen chico, algo pagado de mi persona, que alguna vez hallaba exagerada la severidad de mi madre, pero por nada del mundo hubiera querido causarle un pesar. Sin embargo, una flaqueza mía, muy natural en un joven, traía alarmada á mi madre. Esta flaqueza era mi afición á las mujeres.

—Hijo mío—me decía mi madre—cuidado,

no cometas ninguna infamia. Evita las ocasiones, domínate, piensa en tu madre; por Dios, que no tengas que acusarte de haber hecho la desgracia de una mujer. Hay delitos que no llevan al hombre á presidio con el grillete al pie, pero que le pesan en la conciencia, gozando de libertad y de la consideración de las gentes, más que le pesaría en el pie un quintal de hierro.

Así, yo ponía el mayor empeño en que mi madre no se enterase de mis amoríos, de mis conquistas, y ocultaba cuidadosamente toda carta y todo objeto que pudiera revelarle mis empresas amorosas.

Estas habían sido hasta entonces de menor cuantía, conquistas fáciles, sin consecuencias; pero desde cuatro meses antes del Carnaval del 60 hallábame empeñado en un lance de amor, algo más grave y trascendental, como que había logrado int[illegible] de quieras, [illegible] temores á tu amor... Tengo tus cartas: todas las traigo aq[illegible]; son el único tesoro que tenía en mi casa, y me [illegible] de promesas, de felicidad, dame pues la felici[illegible]ad que me has prometido; llévame donde sea, [illegible] que después de [illegible] aquí, estar apoyada á tu adorada de amor di[illegible]iéndote una y mil veces que te adoro, he de volver á casa de mi mamá [illegible]aunque fuera posible que el [illegible] no culpable nuestra suerte; yo estoy ya perdida por tu amor; [illegible]o esta situación, orgullosa de amarte y ser amada por ti, [illegible]e entrego, me entrego.

me dices que es grave lo que te propongo... ¿Es grave amarte y que me ames?... ¡Dios mío! ¿qué es lo que pretendías de mí?... ¿Qué vergonzoso y miserable amor es el tuyo, que se asusta de este mío? El amor adúltero no es el amor tranquilo y apacible de los pastorcitos de la Arcadia; es amor lleno de inquietudes, zozobras y borrascas; es una locura, un crimen, que vive en las sombras, que huye, temeroso del castigo, que tiembla ante las gentes honradas... Ese es nuestro amor, yo no puede ofrecerte otro, y tú, al solicitarlo con tan vivos deseos, ya sabías que solicitabas un amor criminal, que me excitabas al crimen, á la vergüenza; pero más vergüenza sería ser yo tu amante y seguir siendo la mujer de mi marido; ser tu manceba y fingir amor á mi marido y virtud ante mi hija. No; yo he salido de mi casa para irme á la tuya; no quiero ser hipócrita, ya que sea criminal. No engañaré á mi marido, como tú, sin duda, pretendías que le engañara...

—Calla, mujer,—le dije—calla, que me vuelves loco.

—¡Cobarde!...—murmuró la terrible máscara, apretándome el brazo.

—Cobarde, no;—le contesté—pero tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—Por tí y por mí.

—Por mí no le tengas. Yo no le tengo. Haz

como yo. Como yo he roto los lazos que me unían á mi marido y á mi hija, para probarte así la firmeza de mi amor, rompe tú, si es preciso, los lazos que te unen á tu madre y á tus hermanas, y huyamos los dos...

—¡Nunca!—exclamé, sin poder contenerme ya.—Tú estás loca, mujer.

—¡Ah!—exclamó la máscara,—¿tú pretendes que tenga juicio y cordura una mujer adúltera?... ¿Eres tonto ó malvado?...

En esta conversación, tirando ella de mi brazo, habíamos salido del salón, y nos hallábamos en una galería de palcos.

—Ven—me dijo la máscara—entremos en este palco—y se detuvo delante de la puerta de uno señalado con el fatal 13.

El acomodador acudió, introdujo el llavín en la cerradura y abrió la puerta del palco, que me pareció una sima horrible...

—No tiembles—me dijo la máscara, riendo y sujetándome fuertemente el brazo;—no tiembles, que no hay motivo para tanto.

Y á la risa de mi compañera contestó otra risa alegre, juvenil, y por mí muy conocida, y una vocecita de los cielos salió del fondo del palco diciendo:

—Joaquinito, entra, no tengas miedo, que somos nosotras, y preséntanos á esa señora que te acompaña.

—¡Mis hermanas! —exclamé.—¡Vosotras

aquí solas! ¡Vosotras solas en un baile!...

—No te alarmes, hijo mío—dijo mi máscara, arrancándose la careta—he venido yo con ellas, y sólo las dejé aquí para ir á dar una vuelta contigo.

Quedé mudo de asombro y de vergüenza.

—Vamos, hombre, entra—añadió mi madre—que la calaverada va á ser completa. Ahora van á traernos aquí una cena que tengo encargada, y luego, antes de la aurora, á casita á descansar. He querido que las niñas vieran desde un palco un baile de máscaras, y á tí, hijo mío, te he dado un mal rato haciéndote creer que llevabas asido de tu brazo un monstruo, de quien ya no podrías librarte en toda tu vida.

Callé avergonzado.

El día siguiente, mi madre me lo explicó todo. Ella había sorprendido mis relaciones con la mujer casada; ella había conseguido que la costurera de mi vecina y mi criado la enterasen de todo.

—¿Y la individua que le citó á usted al baile?...

—La pobre loca, según supe luego, había recibido una carta de mi madre el mismo domingo de Carnaval; una carta que decía así:

«Señora: A la cita que ha dado usted á mi hijo en el baile de esta noche acudiré yo también. Acérquese usted sin temor cuando nos vea

juntos, y verá usted qué broma le damos las dos, sin separarnos de él en toda la noche.»

La mujer de mi vecino no quiso tomar parte en esta broma; no volvió á asomarse al balcón; pocos días después se mudó de casa el matrimonio, y yo, se lo aseguro á usted, siempre, desde entonces, he mirado con profundo respeto la mujer ajena.

—Fué un lance singular.

—Mi madre querida nos salvó á todos, á la mujer culpable, al marido honrado y por cien títulos respetable, á la niña inocente y á mí... Sin su vigilancia, sin su intervención, ¿quién sabe lo que habría sucedido?...

—¿Y aquella esposa vive todavía? ¿La ha vuelto usted á ver?...

—Sí, señor; enviudó hace años; vive con su hija casada, y está loca de amor por sus dos nietos... Frecuentemente la encuentro en sociedad, y alguna vez hemos recordado el lance.

Anoche me decía:

—¡Jesús! Amigo mío, nunca puedo olvidar aquel episodio de nuestra vida. Yo era una loca, mi marido un bendito, usted un tonto y su madre de usted una santa.

Y ella y yo bendecimos á mi madre siempre que recordamos nuestro crimen frustrado.

LOS EMPLEADOS

No ví á usted ayer en la Plaza, don Marcos. El asiento de usted estuvo toda la tarde vacío.

—Estuve en el palco del Ayuntamiento. Presidía mi amigo Paquiro.

—¡Qué estocada la de *Lagartijo!*

—¡Soberbia! hasta la taza.

—¡Y sin volver la cara!...

—En seguida dije yo que el toro estaba muerto, y me querían comer todos los concejales.

—Pues efectivamente, el toro estaba muerto.

—Como que cayó junto á la puerta de caballos y el puntillero no tuvo nada que hacer.

—El *Cojito* sí que estuvo atroz ayer tarde. ¡Qué bruto!

—¡Cómo rasgó al quinto! Un toro que podía haber matado todavía diez ó doce caballos. Paquiro no quiso seguir mi consejo; pero yo le dije que un picador que comete ese atentado con un toro como el quinto, en todo país civilizado, debe ir á la cárcel por seis meses. ¡Qué piqueros!...

—Ahora no hay autoridades inteligentes, y

una autoridad inteligente es lo que más falta hace en las corridas.

—El público tiene la culpa.

—Claro, porque todo lo tolera y no tiene energía para sostener su derecho.

—¿Sabe usted que va á ser un torero aquel chico que puso los dos pares al cuarto?...

—¡Ya lo creo! Es un chico que vale mucho; muy sereno.

—¿Cómo se llama?

—*Siete orejas.*

—Pues es de la buena madera.

—Y con sangre torera hasta allí.

—¿Qué quiere usted, portero?...

—El jefe pide las circulares que mandó hacer el jueves, y el expediente de Gerona con el informe.

—Voy, voy á decirle que no se ha podido hacer nada de eso.

—Mañana hay que hacerlo todo.

—Sí, hombre, mañana; no vayamos á acostumbrar mal á este nuevo jefe de sección, que parece viene dispuesto á lucirse á costa nuestra. Verá usted cómo le digo yo ahora que no corre prisa lo que pide, verá usted cómo le paro los pies.

***

—Beso á usted la mano, caballero. Para servir á V. S. Muy buenos días tenga V. S.

—Buenos...

—Venía á saber si estaba despachado ya mi expediente.

—Si no da usted otras señas...

—¡Ah! Sí, usted perdone. Pues es un expediente que se ha incoado hace siete meses para que me devuelvan una fianza... Porque, mire usted, me hace falta recogerla y me causa gran perjuicio no terminar el asunto; porque, verá usted... yo serví...

—No siga usted.

—Como V. S. disponga.

—Porque no tengo nada que ver con eso.

—¡Ah! Vengo equivocado... creí que era este el negociado...

—Sí, señor, sí, este es; pero el auxiliar que tiene ese expediente está malo y no viene.

—Pues si usted, digo, V. S...

—No me dé usted tratamiento.

—Gracias, caballero. Pues digo que otro auxiliar podía encargarse...

—No, señor; no puede ser. El enfermo lo ha estudiado...

—Pero si es una cosa sencilla...

—Sí, será; pero hasta que el enfermo se ponga bueno ó se muera, que es muy fácil...

—Vaya, pues celebraré que suceda lo uno ó lo otro. Beso á usted la mano.

—Vaya usted con Dios.

***

—Señor Director, hay que firmar las circulares, porque es un servicio que se pide á los gobernadores para el 25 y estamos ya á 18.

—No me hable usted de firmar nada, nada, ni de asunto alguno, hasta que acabe la discusión en el Congreso acerca de lo que hicieron los otros en el poder y lo que hacemos nosotros.

—Yo lo digo porque el tiempo apremia.

—Pues, señor, yo me voy al Congreso, que tengo que contestar á ese diputado de la minoría, á quien Dios confunda.

—No he oído nunca mejor discurso que el que usted pronunció ayer.

—Pues no iba preparado.

—Pues fué contundente.

—¿Verdad que sí?... Esos señores se han empeñado en hacer creer que gobernamos con sus principios.

—¡Diferencia va! Nadie lo puede apreciar mejor que yo, que he servido con ellos y ahora sirvo con ustedes.

—Y, vamos á ver, ¿no lo hacemos mejor nosotros?

—¡Ya lo creo! Eso no tiene duda.

***

—Vamos á ver; yo necesito una plaza de 8.000 reales para el sobrino de un diputado. Se la he ofrecido, y no hay más remedio que dársela. A ver cómo hacemos un hueco.

—Pues como no se deje cesante á alguno... por ejemplo, á D. Sabas Sabidillo...

—Ese es recomendado de la duquesa de P...

—Pues á D. Remigio Cartucho...

—Ese es del duque.

—Entonces á D. Ramón de la Corredera...

—Ese es mi sobrino, hombre.

—¡Ah, no me había fijado!

—Traiga usted el libro. ¿Y este? D. Jacinto Papillón.

—Ese no viene á la oficina, pero es hijo del senador...

—¡Ah! Ya encontré aquí uno. D. Pedro Inocentín. Nadie le recomienda.

—Ese es el mejor empleado de la casa. Todos los gobiernos le han respetado. Es muy inteligente, muy trabajador y sabe de memoria todo lo que se ha legislado sobre todos los ramos de la Administración.

—Saber es.

—Yo no veo otro medio que dejar cesante á uno de seis mil, rebajar á seis á uno de ocho, y así queda la vacante.

—Perfectamente. Pues á hacerlo inmediatamente. Estos compromisos políticos le obligan á uno á hacer cosas terribles.

—Y ¿á quién rebajamos á 6.000?

—Pues á ese Inocentín. Le colocaron los moderados... Conque me parece que aún puede quedar agradecido...

—¡Y él que espera el ascenso hace ocho años! Es muy duro lo que se hace con él.

—Sí, hombre, sí; dígale usted que ya le ascenderemos. Ese diputado se nos va, de fijo, si no colocamos al sobrino.

—Es muy fuerte, señor Ministro, muy fuerte.

—Bueno; pues dígale usted que ya se le había dejado cesante; pero que, en atención á sus méritos, se le nombra en comisión con 6.000 reales. Así quedará agradecido.

—Eso sí.

—Y que tenga paciencia, como la tenemos todos.

—Pero nosotros tenemos mejor sueldo...

—Vaya, no hablemos más del asunto. Hágase lo que hay que hacer, y adelante.

***

—Por favor, don Dimas, hable usted más bajo, que aquí se oye todo.

—¿Y por qué he de hablar bajo? ¿No es verdad que me debe usted ese dinero? ¿Vengo á pedir algo que no sea mío?

—Tiene usted razón, don Dimas pero hágase usted cargo...

—Yo no me hago cargo de nada, usted no me ha dado dinero el mes pasado, ni este...

—Ya sabe usted que lo que ahora le estoy pa-

gando corresponde á los réditos... lo que usted me entregó ya se lo pagué.

—¿Y qué?... ¡Pues hombre, estaría bueno que diera yo mi dinero de balde!

—No, si no digo eso...

—¡Bastantes chascos se lleva uno!... Ayer me dejaron cesantes siete empleados que me deben 20.000 reales entre todos, y anteayer se me murió uno que todavía me debía 500 reales. Lo que es mañana le armo un escándalo á la viuda si se niega, como ayer cuando fuí á darle el pésame y á que reconociera el crédito. Conque abur don José y no espero más que seis días; y si no me lleva usted dinero le cito á usted y le retengo la paga...

—¡Por María Santísima, no me martirice usted más!

—¡Caracoles! ¡Está uno aviado con estos sanguijuelas de la nación, que se necesita Dios y ayuda para sacarles el dinero, que se les presta, y los reditos legítimos... Ya podía usted agradecer que le tengo dado el dinero al treinta y tres y medio por ciento, que es una ruina...

—Para mí, sí, señor.

—No; para mí iba á decir, que le podía haber sacado á usted un cincuenta.

—Adiós don Dimas; á los pies de aquella señora y que esté buena toda la familia, cuídese usted mucho don Dimas.

—Menos cumplimientos y mejor cumplimien-

to es lo que yo quiero. Don José, ¡que espero á usted dentro de seis días!...

—Iré, aunque tenga que vender el reloj.

***

—¿Es usted el jefe del personal?

—El segundo.

—Pues yo soy el diputado Cerato.

—¡Ah! tome usted asiento. No tenía el honor...

—Vengo á recoger la credencial de mi sobrino.

—Sí, sí, señor; hoy precisamente ha mandado el Ministro que se le extienda...

—¿A quien se va á extender, á mi sobrino?...

—Hablo de la credencial.

—¡Ah! ya; pues venga: la quiero mandar hoy por el correo, para que emprenda el viaje al momento, que le estoy necesitando aquí para que me lleve la correspondencia y me acompañe.

—Pues no la ha firmado todavía el jefe.

—¡Por vida de la firma!...

—La firmará luego. Pero puede usted escribir á su sobrino que se venga, porque su nombramiento está acordado.

—¿Es de 8.000 reales?

—Sí, señor.

—Porque si es de menos, que se lo guarde el Ministro.

—Mañana la tendrá usted firmada, y pasado mañana puede tomar posesión el interesado.

—Sí, sí, que cobre pronto y vaya ganando antigüedad.

***

—¿Se puede ver á S. E.?

—No está.

—Y el Sr. Subsecretario?

—Tampoco.

—Y el jefe de sección, don Froilán?

—No ha venido.

—Y en el Registro, ¿se puede ver á alguno de los empleados?

—Se han marchado.

—Si son las dos.

—No se canse usted caballero, hoy no viene nadie por aquí.

—¿Y donde podría encontrarlos?

—En las carreras de caballos están todos.

***

—Señor don Manuel, no se apure usted.

—Es que hay mucho que hacer y hoy nos faltan dos auxiliares y seis escribientes. ¿Cómo se hace todo esto para mañana que lo ha pedido el jefe?

—Pues mire usted, yo estaré aquí hasta ano-

checer, iré á comer en un verbo y me vuelvo; y aunque me esté aquí toda la noche, lo acabo.

—¡Hombre! es demasiado trabajo.

—Para eso me pagan. No hago más que mi obligación.

—¡Cuánto siento, amigo Inocentín...

—No, Sr. don Manuel, no lo sienta usted. Ya sabe usted que mi deseo es complacer á mis jefes.

—Lo que siento es que, precisamente, en usted ha ído á caer...

—¡Qué! Sr. don Manuel ¿me dejan cesante?... Sea todo por Dios. Mi mujer operada de un lobanillo, mi hija con tercianas y yo... que me han mandado tomar dos meses la leche de burra, que cuesta un dineral... ¡Qué gracia!

—No, tranquilícese usted, no queda usted cesante, pero se le rebaja á 6.000 reales... El Ministro ha tenido empeño en que no salga usted de la casa en el arreglo que se hace.

—¡Ah! Dios se lo pague. Tendré que presentarme á darle las gracias, son 2.000 reales menos, pero no es la miseria, no es el hambre. Buscaré casa más barata y se acabó la leche de burras.

—(¡Pobre hombre!).

***

—¡Dichosos los ojos que ven á usted!

—Amigo, estoy muy ocupado... Vengo á ver si se firma hoy la nómina, ya estamos á 24.

—Nosotros la firmamos ayer. La pediremos para que usted la firme.

—Sí, sí, que ya no podré venir hasta el día de cobrar.

—El jefe ha preguntado por usted.

—Muchas gracias.

—Y el otro día llamó á usted.

—Pues no le oí.

—Como que no estaba usted aquí. Le dije que acababa usted de salir, y se quedó un poquito contrariado...

—Sí, ¿eh?... ¡Creerá él que por 12.000 reales miserables voy á estar yo aquí todo el día! ¡Y ahora que no puedo separarme un momento de la Bolsa!

—¿Se hace negocio?

—¡Ya lo creo!

—Y ¿por qué no deja usted el destino?

—¡Hombre, el destino ya lo dejo; pero el sueldo no le quiero dejar!

BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

LOS CESANTES

Adónde bueno, D. Fermín?

—Al Congreso.

—¿Es usted diputado?

—¡Cá! no, señor. Pues si yo fuera diputado... Estoy cesante y voy á la tribuna á ver si le sacan los colores al Ministro del ramo.

—¿De qué ramo?

—Del mío.

—¿Y se los sacan?

—Él ni se pica ni se corre.

—¿Y no sería mejor que en lugar de ir á ver cómo le sacan los colores al Ministro, que después de todo no se los sacan, se ocupara usted en algo? Usted es una persona ilustrada é inteligente.

—¡Bonito humor tengo yo para ocuparme en otra cosa que en renegar hasta de mi sombra!

—Y ¿dónde vive usted ahora?

—Con mi suegra, como tiene almacén de muebles, uno más no le estorba.

—¿Y su mujer de usted?

—La encajé en Almagro con su hermana, que está allí casada y tiene taller de encajera. A ver si sabe usted de alguna colocación para mí en casa de un grande de España ó en algún Banco ó cosa así.

—Veremos, hombre.

—A ver si revienta pronto esta gente. Es un escándalo. Mi empleo se le han dado á un mono que en su vida las ha visto más gordas, porque es sobrino de un diputado.

—Eso es lo que le falta á usted, un diputado que sea tío de usted.

—Esto no se ha visto nunca.

—Siempre, hombre, siempre.

***

—Excelentísimo señor, una palabra, si V. E. me lo permite.

—Diga usted pronto.

—Yo soy el recomendado de la señora de Cardillo.

—¡Ah! sí; ¿está buena?

—Sí, señor excelentísimo; digo, no, anoche tenía un dolor de muelas muy fuerte. Pues ya habrá dicho á V. E. la señora...

—Sí, y le dije que por ahora no había oportunidad; pero que en la primera ocasión... ¿Usted servía en Correos?

—Sí, señor; pero si no hubiera proporción en

Correos, iría con gusto á Establecimientos penales.

—O á Beneficencia.

—Sí, señor, también. Precisamente yo soy muy amigo de socorrer á los pobres; sólo que no puedo.

—Bueno, bueno. Pues ahora estoy de prisa. Expresiones á la señora, y que ya le escribiré.

—Por Dios, no se olvide V. E. de mí. Tengo seis hijos, mi mujer enferma y en días de parir.

—¡Caramba! Pues si estuviera buena...

—Y cesante desde el año 73.

—Ya he dicho á usted que le tendré presente.

—Y en cuanto á liberal... toda mi familia lo ha sido; y si yo le contara á V. E. las vicisitudes de mi familia...

—¡Adiós! (¡Cuando tú me vuelvas á coger!...)

—A los pies de V. E. excelentísimo señor.

***

—¡Adiós, González!

—¡Hola, Pérez!

—Voy de prisa, porque hay Director nuevo y ayer ha mandado que todos hemos de estar en la oficina al dar la primera campanada de las diez. Esto durará como siempre, cuatro días.

—Y ¿cómo anda aquello?

—No se hace nada. Todos echamos á usted de menos; usted animaba la oficina.

—Y ¿quién ha ído en mi lugar?

—Pues un tal Paracuellos, de Huesca, que ha trabajado en las elecciones. Ayer le dije que pusiera una minuta, y me preguntó qué era minuta.

—¡Qué acémila!

—El Director le mandó poner un B. L. M. al Ministro de Marina, y vino en seguida á contármelo; dile el B. L. M., y en vez de poner el nombre del Jefe puso el suyo; es decir, que el B. L. M. empezaba: «El Director general», etcétera..., y concluía: «D. Agapito Paracuellos aprovecha la ocasión...»

—De hacer una burrada.

—El Director se incomodó, y fué á pedir la cesantía del pobre; pero está agarrado á buenas aldabas, su cuñado es diputado, y tiene un tío senador... con que no digo más.

—¿Y los otros compañeros?

—Todos como yo, temblando que hagan con nosotros lo que con usted. El Ministro parece que necesita muchos huecos.

—No le haría yo pocos, Dios me perdone.

—Y usted ¿qué ha hecho?

—Pues fuí á ver al Presidente del Consejo y me dijo que no tenga cuidado; no sé cómo no le dije una fresca. También fuí á ver al General y se incomodó mucho...

—¿De ver á usted?

—No, porque me han dejado cesante. Estoy

revolviendo el mundo. Aquí llevo todas estas cartas para el Ministro de Ultramar. No me queda más remedio que irme á cualquiera de los otros mundos: á América ó al cementerio.

***

—¿Cómo vamos de pretensiones?

—Pues lo mismo. Todos mis conocimientos me dicen que no están ahora en juego y nada pueden hacer por mí.

—¿No fué el conde de la Araña el que le colocó á usted la otra vez?

—Ayer le ví, que vino de los baños y me dijo: «Pídame usted lo que quiera, menos recomendación para esta gente. Me he propuesto no pedir nada absolutamente.» Como me dijo que le pidiera lo que quisiera, le he pedido hoy, por medio de una carta, veinticinco pesos.

—Vamos, usted tiene ahora quien le ayude.

—Sí, me ha contestado ahora poco; aquí tengo la esquela: que siente mucho no estar en disposición de enviarme esa cantidad; pero que en otra cosa que le pida, tendrá mucho gusto en complacerme. Es una burla. Amigo, en viendo que uno está caído...

—¿Y sigue usted de huésped en casa de doña Antonia?

—Sí, señor, siempre. Ahora para que no se escame, le he dicho que voy á entrar en la Deuda.

—¿Y es verdad?

—Sí, señor, porque no le pienso pagar. Mire usted, mire usted, allí va en coche el Ministro... ¿quién había de haber dicho á ese?... ¡Hombre, no puedo ver á esta gente! Creo que si se armara la gorda, me echaba á la calle y hacía una barbaridad. Si esto dura, no sé lo que voy á hacer.

—Yo tengo un proyecto para ganar mucho dinero; un negocio virgen. Si quiere usted que le explotemos los dos...

—¡Vaya si quiero!

—Pues si tiene usted quien le largue cinco mil duros, le emprendemos.

—Hombre, si yo tuviera quien me diese cinco mil duros, ¿estaría aquí perdiendo el tiempo hablando con usted?

***

—Desengáñese usted, compañero, esta situación no dura dos meses.

—Hombre, no sea usted inocente.

—Usted sí que lo es, si cree que dura más. ¿No advierte usted las señales de descomposición en los Ministros?...

—No, señor; en los cesantes sí que las advierto. Yo mismo me estoy oliendo á cadáver.

—Mire usted, dentro de un mes no hay quien dé una peseta al Ministro de Hacienda.

—¡Hombre! ¿ha almorzado usted bien hoy?

—Estoy muy enterado. El Gobierno se hunde.

—¡Ojalá! pero verá usted cómo no.

—Si yo pudiera decir á usted quién me lo ha dicho, no dudaría usted. Baste á usted saber que ayer estaba yo en casa de un alto personaje y llegó un elevado funcionario de Palacio, que acababa de oir una conversación en cierto lugar. Excusado es que diga á usted que nos encargó la mayor reserva... No lo dude usted; dos meses ó dos y medio á lo más, durará este Gobierno.

—Diga usted lo que quiera, no me hago ilusiones. Ni usted se las forjaría si estuviera como yo, si no tuviera más que esto en el bolsillo.

—¡Un duro!

—Sí, señor, mi último duro. Pasado mañana empezará la traslación al Monte de Piedad de mi reloj, de mi escribanía de plata, de las alhajillas de mi mujer, del alfiler que me regaló mi suegra, de la cadena que me compré cuando me cayó un décimo del premio grande del Pardo, de los cubiertos que nos quedan... Pasado mañana empieza mi martirio, empiezan en mi hogar las tristezas, los temores, las angustias... Y es la cuarta cesantía en quince años que hace obtuve el primer destino, abandonando el puesto que tenía en un comercio... Si no hubiese preferido el destino, si hubiera seguido midiendo telas, ahora sería rico. Cuando vuelva á

obtener empleo, ya estaré sin recursos y empeñado, y seguramente le perderé antes de que haya podido desempeñarme. Esto, créalo usted, es horrible. Usted lo ve todo por otro prisma menos sombrío, porque no necesita el empleo para vivir. Por eso se hace usted ilusiones.

—Verdad es que la cesantía no me afecta gran cosa; pero no tenga usted duda, el Gobierno se cae.

—Quien se caerá rendido de la fatiga de una vida tan penosa seré yo, dejando en el mundo sin amparo á mi mujer y mis hijos infelices.

***

—¿Qué has hecho hoy, Antonio?

—He ído á todos los Bancos, á todas las parroquias, á todas las redacciones de los periódicos, á preguntar si necesitaban un empleado práctico en contabilidad.

—¿Y en algún Banco has encontrado colocación?...

—Sólo en los de la plaza de Oriente. Ya estoy harto, mujer, harto de hacer antesalas, y de recibir sofiones, y de oir excusas y negativas. Ya he gastado un dineral en anuncios en *La Correspondencia*, ofreciendo mis servicios como administrador de fincas, como ayo para unos señoritos de casa grande, como traductor de francés, como profesor de vihuela, como escribiente, y

ya no falta sino que me anuncie para criar en casa ó en la de los padres.

—De suerte que al fin tendremos que irnos al pueblo.

—Allí tendremos siquiera nuestra pobre casa, que es nuestra, y la Secretaría del Ayuntamiento, que está vacante y me la han ofrecido...

—¿Y qué sueldo te darán?

—Sacaré unos tres mil reales.

—¡De doce mil que aquí tenías, asciendes á tres mil!

—Preferible es ese empleo á una plaza en el asilo del Pardo.

—No me acostumbraré á vivir en el pueblo.

—A todo te acostumbrarás, mujer, menos á no comer. Antes de que nos vean aquí en la miseria, vamos allá, aceptando de buena voluntad la pobreza y dando muchas gracias á Dios porque tenemos ese recurso. Mira, mujer, esta mañana se ha levantado la tapa de los sesos D. Ventura, aquel compañero mío de empleo y de cesantía. Si nos comparamos con ese infeliz, ¿no somos nosotros muy afortunados?

—Sí, sí. ¡Qué horror! ¡Pobre D. Ventura! Vámonos al pueblo cuando quieras.

***

—¿Está el señor Ministro? ¿Está visible?

—Sí, señora.

—Pues pásele usted recado.

—Señora, está visible; pero no se le puede ver.

—Soy la señora de Acerico; usted le conocerá.

—¡Cómo!... ¿Usted es la señora de D. Andrés?... Siéntese usted. ¡Pues poco que le queríamos aquí todos y sentimos su cesantía!

—Sobre eso vengo, porque el pobre se me ha quedado en los huesos y con una melancolía que parece otro hombre. Y quiero ver si el Ministro se compadece.

—Señora, aquí no se compadece nadie de nadie. Mire usted, el Ministro está desesperado. Todos esos que están en el salón son pretendientes. En la subsecretaría hay más de trescientos, y lo mismo todo el día y hasta las tres de la madrugada.

—De modo que no le veré...

—Hoy no, señora, ni en muchos días. Y cuando le vea usted le dará buenas palabras; pero la reposición de D. Andrés, imposible.

—Es decir, que dejarán morir á mi marido... ¡Si viera usted qué malito está!...

—Y ¿qué dicen los médicos?

—Pues el único que le visita, que, por ser amigo, no le lleva nada, le ha aconsejado que se distraiga, que vaya á paseo, al teatro, á via-

jar por el extranjero; en fin, ya ve usted, todo lo que no puede hacer un cesante que no tiene más que el día y la noche. Nada, mi marido no tiene remedio. Le han muerto, dejándole cesante después de dieciseis años de trabajar sin tregua ni descanso, honradamente y sin meterse jamás en cosas políticas. El pobre no tiene consuelo, le mata el terrible desengaño que le han dado... ¡Qué premio para el buen empleado!

***

—¿Qué hace usted aquí?

—Esperando al Ministro, para decirle cuatro desvergüenzas.

—¡Hombre! ¿Por qué?

—Porque me ha dejado cesante.

—Pues ahí le tiene usted.

—Pues ahora mismo voy. Señor excelentísimo, tenga V. E. la bondad de enterarse de esta instancia que le entrego; V. E. que es tan bueno y tiene un alma tan grande, un corazón tan generoso, no abandonará á una dilatada familia, de la que soy padre, pero que mira en V. E. al verdadero padre... á la Providencia...

—Basta, basta. (¡No han de dejar á uno en paz estos pretendientes...)

***

—Toma, mujer, ahí tienes cinco duros para una semana.

—¡Ah! por fin has ganado algo!

—No; es que he dado un sablazo á uno.

—¡Juan, por Dios!... ¿Te has vendido por cinco duros para pegar á una persona?

—No te asustes, hija; estos sablazos los paga el que los recibe.

—¡Ay, hijo! Temiendo estoy siempre que hagas algo malo.

—Yo también lo temo, porque á morirme de hambre me resignaría, y aun á que nos muriéramos de lo mismo tú y yo; pero ¿quiéres que se mueran de hambre estos tres ángeles del cielo?

—¡Por Dios, Juan!

—¡Busco trabajo y no lo encuentro! ¡Maldito empleo!

—Vuelve á lo que eras antes de ser empleado.

—¡A ser maestro de escuela!... No tendré más remedio; es otra manera de morirnos de hambre! Desengáñate, el que nace para ochavo, digo, para céntimo...

***

—¡Mi querido Juanito! Tengo que decirte hoy una cosa muy agradable.

—Lo celebro, porque hoy es el día que más necesito yo sorpresas agradables. ¿Nos ha caído el premio grande en el décimo?

—No. Es que otra vez estoy en estado interesante.

—Pues hija, lo mismo estoy yo; hoy entro en el primer mes, ahí tienes la declaración de mi embarazo que me han dado en la oficina.

—¡Cesante!

—Sí, esposa, cesante, que es lo mismo que decir á un hombre:—«Desde esta fecha manténgase usted bueno, sin comer, si puede, ó muérase usted de hambre.»—¡Cesante por quinta vez! ¡Y hay hombres que tienen oficio, carrera, comercio ó industria con qué vivir, y envidian la *ganga* de ser empleado!...

ÍNDICE

	Páginas.
El Paraíso de Villasanta	1
Un premio de la lotería	73
La bofetada	89
La Condesa y la Marquesa	117
Las andaluzas	135
La sequía	153
¡Qué hombres!	189
Como en familia	205
Las señoritas cursis	225
La calumnia	243
El amigo del tranvía	261
Las dos amigas	275
Recuerdo de Carnaval	289
Los empleados	305
Los cesantes	319

1058325

60984 81800